



Creación



48 > Salado

Gabriela Ruiz Agila





# Salado

GABRIELA RUIZ AGILA

Fotografías: Josué Araujo

*En las profundidades de la Amazonía ecuatoriana, el río Coca serpentea como un herido abierto, testigo del colapso ambiental y social provocado por la explotación minera, los megaproyectos y la erosión desbocada. La cronista ecuatoriana Gabriela Ruiz Agila y su compañero Josué Araujo emprenden un viaje hacia Chantaloa y el río Salado, guiados por Artemio, un personaje enigmático que encarna la ambigüedad de una tierra que se debate entre la tradición y la devastación. En medio de selvas que se desmoronan, comunidades olvidadas y rituales misteriosos, la crónica explora la fractura entre el ser humano y la naturaleza, y cómo el silencio del bosque guarda advertencias que pocos saben escuchar.*



**H**abía visto varias veces al río Coca abrirse paso como un torrente de sangre marrón entre la tierra. Había pasado una o dos veces por carreteras que lo rodean en la vía Quito-Lago Agrio, donde se podían contemplar presencias mágicas: árboles de quinientos años, animales de poder que se resguardan en estos árboles, plantas que llaman en su idioma y curan.

El río está buscando el equilibrio perdido. Se levanta, se arremolina, se estrecha y expande como un solo cuerpo.

Josué y yo regresamos a la Amazonía para procurar al río, para comprender su transformación. La vía Quito-Lago Agrio, al igual que la trayectoria del cuerpo de agua, ha ido colapsando.

Artemio me abrazó sin conocerme. Nos llevó hacia su camioneta blanca y empolvada. Se comportó de tal forma que no me quedó más remedio que corresponder a su cordialidad con una sonrisa. A decir verdad, era la primera vez que una persona me resultaba totalmente extraña. Llevaba un collar de dientes de sajino alrededor del cuello y algunas otras cadenas de acero dorado que brillaban en la oscuridad. Había escogido un sombrero blanco, unas botas blancas y una camisa *beige* a rayas con vaqueros claros. El hecho es que solo él destellaba en la oscuridad.

Se promocionaba a sí mismo como una celebridad de este pequeño pueblo. Las espuelas de sus botas tintineaban entre pisadas y nuestra conversación. En Chantaloma, avenida principal, Artemio vestido de blanco todavía era oscuro.

Una tropilla de caballos decora un mural de cinco metros en la única acera junto al parque. Los caballos se asemejan mucho a los lienzos de una antigua dinastía, como los que pintaban el anciano Wang-Fô y su discípulo Ling. Según el relato de Marguerite Yourcenar, avanzaban lentamente por los caminos del reino de Han porque Wang-Fô se detenía a contemplar la naturaleza, tanto los astros por la noche como las libélulas durante el día.

Tenues luces los alumbran también en la oscuridad, dando la impresión de que vienen en estampida. Aquí fue donde acordamos encontrarnos cuando hablamos por teléfono la primera vez y planeamos este viaje.

—Bienvenidos a mi tierra —dijo Artemio, mientras sonreía y en la oscuridad brillaban sus dientes de oro—. En mi casa tengo varias cajas de mapas, cartas, papeles que le interesan al Gobierno y que puede ponerlo en problemas —añadió—; ahí pueden quedarse a dormir.

—¿Seguro? No queremos incomodar. Podemos buscar dónde alojarnos —comentó Josué con timidez.

—¿A qué hora partimos mañana? —pregunté con la necesidad de ajustar la bitácora, tener claro el rumbo y el camino de regreso.

Josué, mi amigo fotógrafo, es un serio documentalista de la cotidianidad. Se toma su tiempo, observa con detenimiento el resplandor repentino de los ojos y de las cosas. A lo largo de

“

Llevaba un collar de dientes de sajino alrededor del cuello y algunas otras cadenas de acero dorado que brillaban en la oscuridad. Había escogido un sombrero blanco, unas botas blancas y una camisa *beige* a rayas con vaqueros claros. El hecho es que solo él destellaba en la oscuridad. ”

**“En 2022, hicimos una parte de nuestro trayecto atravesando un cráter. La acelerada erosión alrededor del río Coca ha socavado una parte del valle alto.**

**Para alcanzar el otro borde del cráter hicimos un largo periplo a bordo de una camioneta, y luego a pie.**

**”**

siete años de viajes compartidos, hemos desarrollado la capacidad de comunicarnos casi telepáticamente.

Él encuentra sus imágenes, yo escribo las mías. Esta noche ambos nos damos tiempo para conversar con Artemio, que viene rodeado de más gente que no habla, a la que no le brillan los ojos.

\*\*\*

Chantaloma es un pueblo que floreció gracias a la explotación minera y la llegada de un gran proyecto chino para canalizar el agua del río Coca. Los menús de las fondas están escritos en chino y español. Pero los capataces se han ido.

—Chantaloma es un pueblo fantasma —como siempre exagerando las cosas.

Esta es la tercera vez que venimos a narrar el río en la provincia del Napo. Josué no es una persona precipitada. Yo, en cambio, le doy un peso a las palabras que a veces me detienen o me hacen volar.

En 2022, hicimos una parte de nuestro trayecto atravesando un cráter. La acelerada erosión alrededor del río Coca ha socavado una parte del valle alto. Para alcanzar el otro borde del cráter hicimos un largo periplo a bordo de una camioneta, y luego a pie.

Es como adentrarse en una película cuyo guion se basó en la versión original de *El planeta de los simios*, escrito por Michael Wilson y Rod Serling. ¿Cuándo aparecerá la Estatua de la Libertad y su antorcha? Pienso en las numerosas veces que fue reescrito el guion entre las secuencias desérticas de una gran reserva en el cañón Glen, entre Utah y Arizona.

¿Cuántos grados de temperatura registra ahora?, cuestionamos al cielo porque hace tanto calor como en Arizona, pero estamos en el alto valle del río Coca, en la Amazonía, un vasto humedal de agua dulce. Al menos en teoría.

Una muchacha en chanclas de unos dieciocho años carga a su bebé arropado en la espalda. El polvo se levanta y vamos mordiendo viento con arena. Los niños más grandes se restriegan los ojos. Todos caminamos con resignación. Pasa una hora.

¿Está maldita la tierra?, como siempre, exagerando las cosas. Hablo con Dios. ¿Está maldito Ecuador?

La erosión devora árboles de quinientos años y almas. Se me llena la boca de más arena. Pasamos junto a los puentes Bailey rotos como si fueran los esqueletos de grandes dinosaurios o ballenas jorobadas en una dimensión próxima. ¿Es su riqueza natural la maldición de la Amazonía?

—Recuerdo que en la película *El planeta de los simios*, lo primero que cae es el monumento al líder de la tribu. Una instalación militar humana es destruida por los simios, se derroca el museo y el campo de batalla incluye casas y edificios.



—¿De quién es esta guerra? —pregunto.

—Es contra los pobres que habitan esta tierra de enormes riquezas —como siempre exagerando las cosas.

Cuando alcanzamos el borde extremo de este cráter junto al pueblito de San Luis, Josué y yo nos ponemos de pie a ver el terremoto en cámara lenta: la fuerza tractiva del agua vence la resistencia de arcillas y limos cuya edad es de 19 000 años. Arenas, gravas, cantos y bloques son acarreados, disueltos y suspendidos. Por dentro, el caudal no se ha apaciguado.

\*\*\*

Artemio dijo que debíamos empezar el periplo en lo alto de una de las montañas de Chantaloma. Consiguió transportarnos en una tricimoto donde nos acomodamos como pudimos. Y trajo a Marlene, una mujer voluminosa de unos cuarenta años, sobre la que se amontonaba el pelo negro, y tanto el flequillo como la gorra que traía puesta escondían sus ojos. Marlene traía un machete para «abrir troncha».

Como en otros viajes, Josué y yo llevábamos maletas con provisiones para tres días de caminata, botas de caña alta y ropa abrigada. Empezamos el largo descenso montaña abajo.

—Los voy a llevar por el camino más fácil —dijo Artemio.

—¿Cuánto tiempo tomará llegar a la orilla del río Quijos?

—Para la tarde estaremos allí —respondió.

Contacté a Artemio por medio de un biólogo que me aseguró que tenía una propiedad concursada por científicos locales y extranjeros. El camino sobre el cual nos condujo el hombre era una ruta abandonada por los contrabandistas.

—Hasta mi casa han llegado jeques árabes y científicos de Harvard —dijo sacando del bolsillo el teléfono celular para mostrar una serie de fotografías.

Yo luchaba por cada paso, sorteando las dificultades del terreno: piedras grandes volteadas, espinas de la maleza, ramas secas y puntiagudas, la temible torpeza de una citadina.

Marlene venía cargando, además, un plato para lavar oro.

“

**El camino sobre el cual nos condujo el hombre era una ruta abandonada por los contrabandistas. ”**

—¿Estás casada? —preguntó Artemio curioso.

—Hace tiempo que ya no —le dije.

—¿Por qué? Ustedes, las mujercitas, aguantan toda traición. ¿Por qué tú no?

—Me gusta ser libre y que nadie me diga qué hacer. Eso un marido no lo aguanta. Voy y vengo a mi antojo, no debo pedir permiso a nadie.

—El divorcio es pecado —dijo con horror, cambiando la voz.

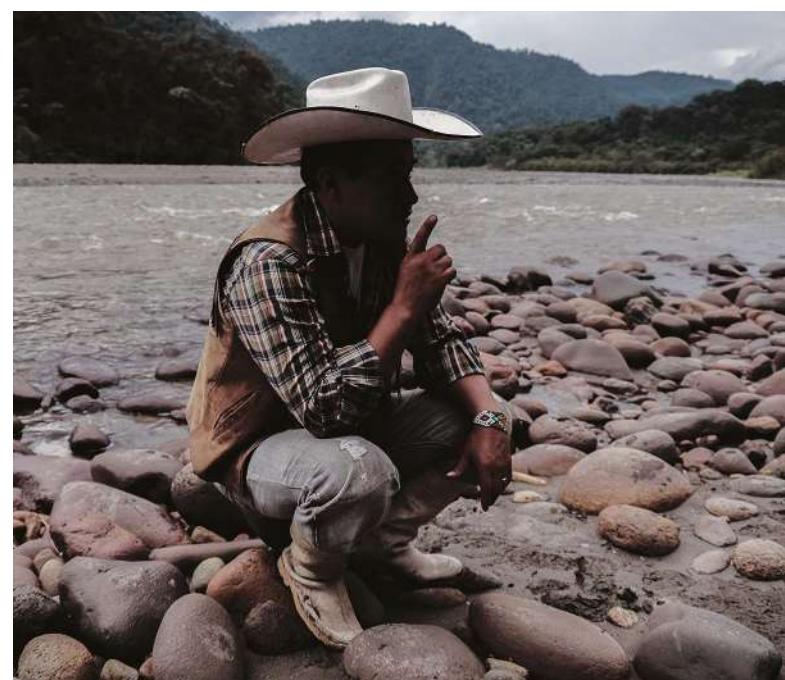
—¡Una huella fresca! —anunció Marlene y se detuvo a examinar.

—¿De qué animal es? —preguntamos.

Josué quiso hacer una foto y casi nos hundimos en el barro buscando un ángulo. La borramos con el lodo.

—Puede ser de un oso o un jaguar —explicó.

Unos meses antes sufrió un accidente aparatoso. Me fracturé la mano izquierda. Tuve las rodillas negras durante tres meses. El trayecto hacia el río Quijos es el que más me había costado físicamente durante estos largos años de reportería en la región Amazónica.



Artemio volvió a sacar el celular del bolsillo. Nos pidió posar para una foto, y lo repitió otras diez veces más. Para entonces, el tiempo empezó a transcurrir lento. Y sentí que me *enjunglé*. No distinguía senderos, no aclaraba el camino.

—Aquí han venido científicos de todo el mundo. —Artemio volvió a sacar el celular del bolsillo, me mostró fotos de extranjeros que lucían felices—. Es asombroso todo lo que vienen a estudiar a la Amazonía... Es asombroso que me inviten a viajar con ellos fuera del país. Caroline, por ejemplo, es una de las que ha bajado por este camino. ¡Ella lo logró!

Empezó a inquietarme su decidido propósito de comparar a los viajeros, establecer tiempos y récords. Para entonces, me sentía atrapada en el primer canto de Dante Alighieri, en el Infierno. Precisamente, antes de ingresar, Dante describe la Selva, el Coliseo, la Colina. Esta selva empezaba a dividirse para mí en círculos.

—¿Hay otra forma de bajar a la orilla del río Quijos sin que sea por este camino de contrabandistas?

—¡No la hay! —dijo sin inmutarse.

Estuve volteando a mirar atrás muchas veces. Me senté sobre el lodo y me levanté de varias caídas. Artemio se acercaba a ofrecerme ayuda. Primero me observaba desde arriba como si lo disfrutara. Hasta que, en un momento, Josué y yo nos quedamos en silencio. ¿Es posible el silencio en el bosque?

Artemio y Marlène, rezagados, se acercaron a hablar entre ellos con la proximidad de dos cuerpos que se frecuentan y anhelan.

—¿Viste eso? —le dije a Josué—. Ellos son otra cosa, no amigos, no compadres.

—No creo —me dijo con incredulidad.

En la casa de Artemio, su esposa Evita nos recibió un poco hosca y, en la mañana, con un semblante contrariado, nos sirvió una taza de café y pan.

—¿Se volvería a casar? —Artemio insistía en escudriñar mi vida amorosa.

—No hay tiempo que perder.

Llegamos a una planicie donde un cerco se levantaba en medio de la nada. Una vez más sacó el teléfono celular del bolsillo, nos retrató con una cara de cansancio devastador.

“

Para entonces, me sentía atrapada en el primer canto de Dante Alighieri, en el Infierno. Precisamente, antes de ingresar, Dante describe la Selva, el Coliseo, la Colina. Esta selva empezaba a dividirse para mí en círculos. ”

Empezó a oscurecer. Seguimos caminando hasta encontrar la propiedad de Artemio, próxima al río Quijos, lejos de Chantaloma, lugar negado para Evita.

\*\*\*

Siempre escribo en mi diario de viaje. Dejo los datos, las pistas, las impresiones del momento. Esta vez no lo haré. Me detiene un miedo que ha empezado a crecer. Desde que cruzamos la cerca, tengo miedo. Varios cráneos blanqueados del ganado con sus enormes cuernos franquean el cerramiento alrededor de la jungla de Artemio.

Marlene se metió en un cuarto de baño y se duchó. Se soltó ese pelo negro, largo y rizado. Nos sonrió. Alcanzamos a ver un destello en su sonrisa.

—¿Qué tiene en los dientes, comadre?

—Dos estrellas de oro —contestó.

—Déjeme tomarle una foto en la mañana, con la luz del sol.

Marlene sonrió aprobando la propuesta. Pero Artemio era otro, frunció el ceño y cerró el puño. Apretó los dientes como si estuviera masticando algo. Subieron los dos al cuarto del fogón. Se apartaron.

—Te lo dije! Aquí hay algo raro. Artemio se ha puesto celoso —advertí a Josué.

Nos llamaron a comer. Marlene acomodó tajos de plátano verde y pescado en hojas. Y a continuación nos invitaron a tomar una infusión. Artemio sacó un *preparado*, un trago de alambique.

—Tomen —insistió.



Aceptamos por cortesía. Sin embargo, se dirigió a Josué y lo increpó:

—Bebe, ¿acaso no eres hombre? ¿A quién tienes que pedir permiso?

—¡A nadie, simplemente no quiero!

Empezó a deambular detrás de nosotros. Marlene salió para traer una botella. Artemio empezó a bajar la voz y dijo:

—Necesito su ayuda. Acá mi comadre Marlene es una persona muy especial. Prepara poción, hace encargos, lo que ustedes pidan. Pero necesita hacerse conocida. Ustedes, siendo periodistas, pueden ayudar.

Entonces Marlene y Artemio se juntaron y sirvieron el contenido de una pequeña botella verde.

—Esta es la bebida preparada con la planta sagrada de ayahuasca. Tomen.

—Muchas gracias, pero no —le dije, intentando mantener la cordialidad.

—¿Por qué? ¿Se niegan a tomar con su anfitrión?

—No es eso —aclaró Josué—. La ayahuasca es una planta sagrada que solo se debe tomar en ceremonia con los taitas. Lo entendemos y respetamos.

Artemio miró desafiante a Josué.

—Queremos descansar, mañana nos espera nuevamente una larga caminata —dije—. Lo mejor sería ir a descansar.

Me asignaron una habitación; a Josué, otro lugar.

—No te vayas, no me dejes sola —le rogué.

—Gracias por su hospitalidad —le dije a Artemio.

Cuando entramos a la habitación, una luz roja permanecía encendida en el interior. Cerramos la puerta. Con la linterna alumbramos el techo donde pudimos leer escrito con diminutos huesos: «Bienvenidos a la jungla de Artemio». Más cráneos blanqueados colgaban de las paredes, de todos los tamaños, con y sin cuernos.

Un poncho de agua con la insignia de la policía también colgaba de la pared. Había algunos libros pequeños en la cómoda. Una Biblia. Un libro de autoayuda.

—¿Te imaginas? Si algo nos pasa aquí, nadie sabría dónde encontrarnos.

—Intenta dormir —me dijo Josué.

Eran las diez de la noche, estábamos en medio de la nada en el bosque de Napo, no había señal de teléfono. Otra vez llegó el silencio del bosque. Tenía muchas ideas en la mente. Me estaba afectando la rareza del lugar, la extravagante atmósfera. De pronto, me levanté y me sacudí, intentando respirar.

—¿Estás bien? —me preguntó Josué.

—Siento que me ahogo —le dije.

—¿Qué hora es?

—Tres y cuarenta. Tranquila. Vuelve a dormir.

Tal vez recuerdes esa sensación siniestra que tuviste de niño en la oscuridad. El miedo que opprime el corazón. Cerré los ojos e intenté conciliar el sueño.

—Toc, toc. Toc, toc.

—¿Escuchas?

Un pájaro picoteaba la madera externa de la habitación. Al menos eso nos dijimos para no sentir más miedo.

\*\*\*

### *Aquí hubo un río. ¿Adónde se fue?*

Josué y yo llegamos a las riberas del río Salado, un río de piedras. Debido a su gran capacidad de generación de sedimentos, se ha convertido en un río de piedras. Josué retrata a los comuneros.

El encuentro de los ríos Quijos y Salado resulta en el caudal del río Coca, aprovechado por el gobierno nacional para generar energía eléctrica.

En este sector, frente a las compuertas de la represa Coca Codo Sinclair, se han formado islotes de arena y piedras sobre las que crece la vegetación, que ha alcanzado más de cinco metros de altura.

—Ninguna obra civil estabilizará los márgenes del río. Las formas del valle deben evolucionar en respuesta a la modificación humana del transporte de sedimentos. No hay ninguna obra que pueda detener el proceso de modelado del río. Si se quisiera ayudar a las personas



“

**Si se quisiera ayudar a las personas afectadas, a la captación, al SOTE-OCP y al río, se debería restaurar el flujo de sedimentos y realizar una verdadera gestión de la cuenca hidráulica del río Coca. ”**

afectadas, a la captación, al SOTE-OCP y al río, se debería restaurar el flujo de sedimentos y realizar una verdadera gestión de la cuenca hidráulica del río Coca.

—¿Existe un cálculo del volumen o la extensión de la afectación en el valle del Coca?

—Nunca lo he hecho, pero se pueden calcular los volúmenes. Se puede hacer una reconstrucción del valle, que está desapareciendo y no va a quedar nada.

Solo hace falta un detonante para desencadenar una crisis ambiental y económica, explica la geóloga Caroline Bernal. Un sismo similar al de 1987 puede desplazar la tierra —quinientos millones de toneladas de sedimentos acumulados— aguas arriba de la captación de la hidroeléctrica Coca Codo Sinclair. En el peor escenario, esta y la estación de bombeo El Salado podrían desaparecer y acarrear una debacle económica y energética en un contexto de crisis en Ecuador.

Río arriba, conocemos a Leonidas Alulema, de sesenta años, antiguo dueño y habitante de los terrenos donde se encontraba la cascada San Rafael, hoy extinta.

La casa de don Leonidas está rodeada por un valle rocoso donde operan máquinas de las

empresas tercerizadoras contratadas por el OCP o Petroecuador para construir y actualizar las variantes por donde cruzan las tuberías que transportan crudo pesado y combustibles. La lluvia deja ver entre la bruma brotes de árboles apenas plantados a la orilla de la carretera, en un intento de frenar la erosión. Si se viaja en auto ascendiendo la montaña camino a la cascada de San Rafael, la lluvia baja en sentido contrario, como un río de lodo.

En una casa de cuatro habitaciones sin luz eléctrica y piso de madera, se guardan las maquetas iniciales de la propuesta del megaproyecto de la hidroeléctrica. Con nostalgia, don Leonidas las conserva porque considera que son de gran valor para el país, pero aún más, quiere agradar y cumplir a los espíritus del bosque.

—¿Cómo son los espíritus que cuidan este lugar?

—Tienen todas las caras. A veces son forasteros que traen mensajes.

—¿Qué le han dicho sobre la erosión del río?

—Que nadie más podrá vivir aquí.

Al cuarto día, estamos de regreso en Quito. Terminamos un ciclo de tres años de reportería. Llegué a casa, pero aún no me sentía tranquila. Me acosté a dormir. Escuché un ruido fuerte. Abrieron y cerraron el cajón de mi mesita de noche. Abrí los ojos y encendí el teléfono. Eran las tres y cuarenta. Es algo difícil de explicar. Tengo la certeza de que cuando visitamos el bosque somos bienvenidos. Pero también hay que aprender a escuchar el silencio del bosque.

